

## DIEZ AÑOS DE TEATRO DEL ASTILLERO. NADA DE ESTO FUE UN ERROR.

Una noche de diciembre de 1995 se estrenó, en el Teatro Juan del Enzina de Salamanca, mi obra “Para quemar la memoria”. La había dirigido Guillermo Heras y había sido una coproducción de Turkana (Luis Miguel González Cruz y Raúl Hernández Garrido) y Cuarta Pared. Tras el estreno, Guillermo nos propuso a los cuatro integrantes del Astillero dar un paso más, convertirnos en Teatro del Astillero. Que diez años después lo celebremos (en vez de lamentarlo) y que una publicación del prestigio de la que está usted leyendo nos preste atención son muestras de que esta década ha tenido bastantes cosas buenas.

El Astillero surgió como un colectivo de autores (Juan Mayorga, Raúl Hernández Garrido, Luis Miguel González Cruz y un servidor) que, tras coincidir en un fructífero taller impartido por Marco Antonio de la Parra, decidimos continuar trabajando en común: nos planteábamos proyectos comunes (Ventolera, Rotos, Fotos) y poníamos en conocimiento de los otros nuestros proyectos individuales, que se contagiaban, se enriquecían con las observaciones de los demás. A este colectivo le propuso Guillermo, en 1995, convertirse en Teatro del Astillero. Se produjeron textos de Juan (*El sueño de Ginebra*, 1996), Luis Miguel (*Thebas Motel*, 1997) y Raúl (*Los malditos*, 1999), al tiempo que se hacían lecturas dramatizadas de autores americanos, como Jorge Díaz, Parra, Ott, Spregelburd, Bertuccio).

Tras esa primera etapa marcada por estrenos de nuestras obras, T. A. se abre a nuevas posibilidades: en 1999 surge de un taller impartido por T.A. *Guardo la llave*, producido por José Monleón. En 2000, Luis Miguel dirige *Más al sur de Carolina del Sur*, del joven Arturo Sánchez Velasco, y *Una modesta proposición*, sobre el texto de Swift. En 2001, Guillermo dirige *Mingus Cuernavaca*, de Enzo Cormann, y Carlos Rodríguez dirige *Si un día me olvidaras*, de Raúl. En 2002 se incorpora al grupo Inmaculada Alvear y se pone en marcha el proyecto Crónicas del desasosiego: Guillermo dirige *Ganas de matar en la punta de la lengua*, de Durringuer, y *4,48 Psicosis*, de Sarah Kane. Este proyecto tiene un cierre contundente en 2003: *La negra*, de Luis Miguel González Cruz.

Los dos últimos años han visto dos proyectos colectivos: *Intolerancia*, dirigido por Antonio López Dávila, y *Exilios*, dirigido por Guillermo Heras; también han supuesto la entrada de un nuevo miembro en el colectivo, Ángel Sólo, y el primer estreno de Guillermo como autor: *Rotweiler*, dirigido por Luis Miguel González.

A la producción de espectáculos, hay que añadir talleres como *Guardo la llave*, *Lo siniestro* o *Escenas invisibles*, que han generado textos de nuevos y muy interesantes autores; lecturas de textos como *Natham el Sabio* o el *Libro de Job*, intervenidos por Juan Mayorga y Guillermo Heras; colaboraciones en proyectos como *Cassandra*, del Instituto del Teatro del Mediterráneo. Y una modesta colección de textos que, además de obras de los siete integrantes del grupo, ha publicado a autores como Veronese, del Amo, Melquiot, Caryl Churchill, Lebeau, Dialeghmenos, Novarina, Scimone o Enzo Cormann (un amigo y un referente del Astillero).

El secreto de que se hayan podido hacer tantas cosas tiene dos bases: economía de guerra (tanto por parte de los miembros del colectivo como de muchos amigos que han participado) un grupo de excelentes colaboradores (directores como Javi Bermejo, Carlos Rodríguez, Antonio López Dávila o Dani Martos; traductores como Carla Matteini y Fernando Gómez Grande; el iluminador Miguel Camacho; Elisa Sanz, Emilio Torné, Eduardo Vasco, Luis Mendo, Teresa Nieto, Ana Rodrigo, Cuarta Pared...). El secreto de que no hayamos perdido la cabeza tiene que ver con que

seguimos siendo amigos y que nos hemos dado permiso para poner los cuernos al Teatro del Astillero con otros proyectos y compañías.

Cumplidos diez años, cabe plantearse una reflexión acerca de qué teatro queremos y de qué podemos hacer. Una reflexión que se expresará en nuevos proyectos, tal vez en nuevos nombres; puede que en un manifiesto. O, quien sabe, en un Telón y aplausos finales.

Mi aportación ha sido insignificante. Suelo decir que mi mayor aportación ha sido mi hermano, Juan Carlos Fernández, que ha diseñado la colección de libros. He dado muy poco para lo mucho que he recibido. Me siento orgulloso de haber formado parte de este proyecto. Si un día se termina, le puedo robar su estribillo a Coti, porque es algo que tengo claro: Nada de esto fue un error.